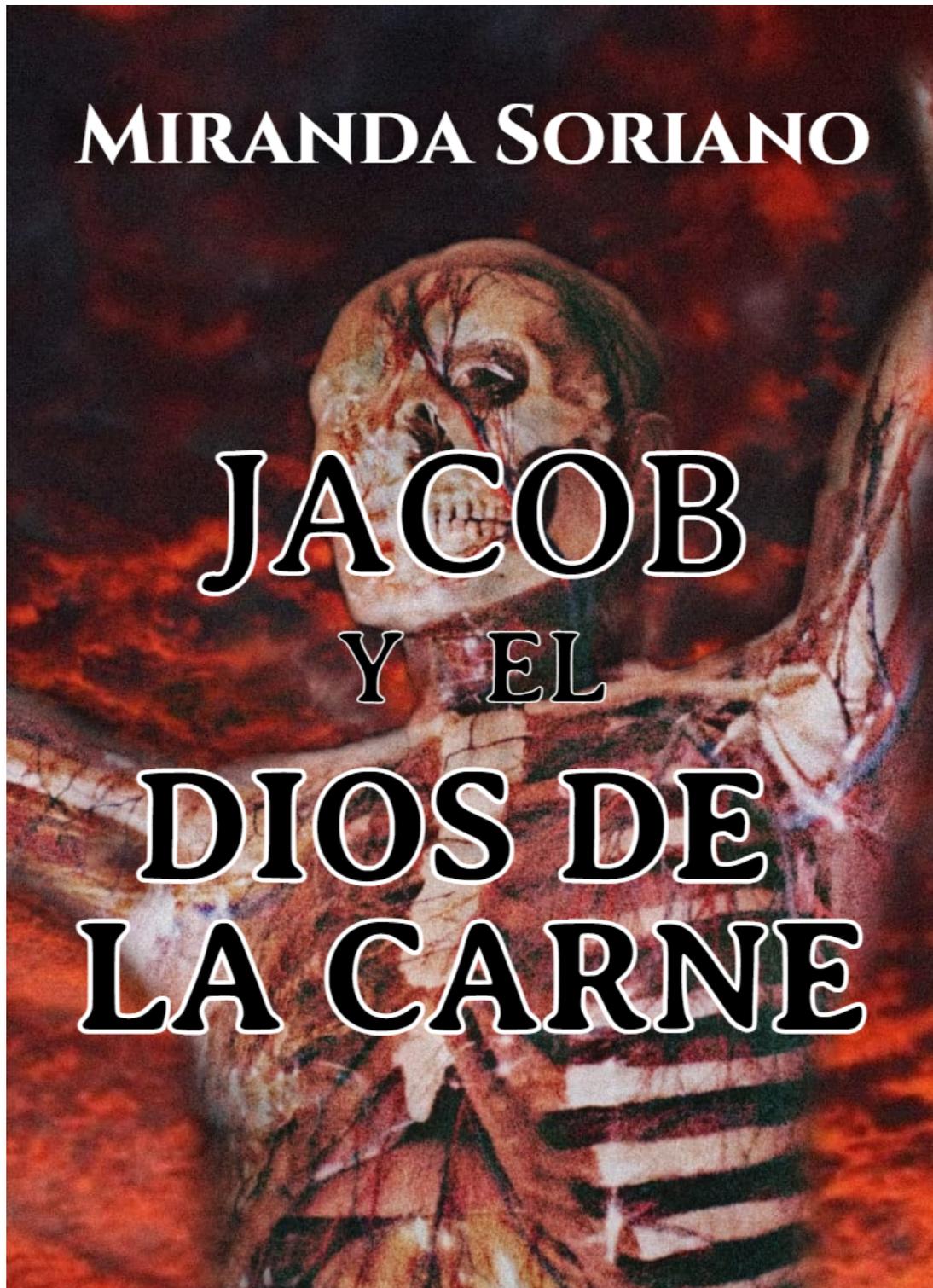


Jacob y el Dios de la Carne

Miranda Soriano



Capítulo 1

1. Buena noche, Jacob

En el ala sur del edificio la noche siempre llegaba temprano: a eso de las seis de la tarde todos los internos se cansaban de rondar por los corredores y se metían voluntariamente en sus alcobas. Los restantes estaban en tratamiento o ni siquiera habían dejado sus habitaciones en primer lugar.

Jacob era de estos últimos, y adoraba lo pronto que la vida moría en esos pasillos. Tantos años de tomar sedantes a diario habían terminado por afectar a los enfermos de máxima seguridad, pero, por suerte, él no llevaba tanto tiempo dentro como para que sus sesos se hubieran transformado en sopa por los tratamientos de shock, los medicamentos o las lavadas de cerebro en las que aquellos psiquiatras eran tan buenos.

De todos modos, él no estaba loco; un poco más de tiempo y lo habría demostrado. Es más, con tan sólo unos segundos extra, se encontraría muy lejos de ahí sin que nadie supiera lo que había sucedido con exactitud.

Despegó su espalda de la pared acolchada sobre la que había estado recargado, mordiéndose las uñas, y gateó por el piso en dirección a la puerta de su habitación, que se quedaba abierta hasta que su guardia veía a cerrarla a la hora de dormir.

Se asomó a través de esta para mirar hacia el pasillo, por el que cruzaban algunos hombres de uniforme blanco como el suyo, todos descalzos. Algunos iban cabizbajos, otros se reían, otros aun intentaban comprender dónde se encontraban. Tres guardias, que lucían enormes en comparación, guiaban a los internos a sus respectivas alcobas con empujoncitos y charla vacía; los de traje blanco apenas se daban cuenta. Tan pronto entraban, los guardias chequeaban que permanecieran tranquilos y luego cerraban la puerta con llave. Verificaban que estuviese segura un par de veces y entonces iban con otro interno.

Jacob se permitió deslizar la vista más allá de las paredes y mosaicos blancos, y logró ver a través de las ventanas lejanas aseguradas por barrotes. El cielo estaba cubierto por una capa espesa de nubes de un tono azul oscurecido, precediendo una lluvia que se acercaba a cada segundo. Debía ser por eso que, en todo el día, no había sentido el calor del sol.

Un aire frío recorría los pasillos desde la noche anterior y parecía que

estaba ahí para quedarse por otro par de noches.

Uno de los guardias, de apellido Kramer, cruzó miradas con Jacob al acercarse a su celda. La sonrisa que Jacob le dedicó le arrancó un escalofrío, con esos dientes tan blancos y rectos que parecían la dentadura postiza de una criatura enfundada en piel humana. Era una sonrisa perfecta que no podía existir, pero verla de frente le daba la certeza de que estaba ahí, era real, y le estaba dando la bienvenida.

Ignoró la manera en que los vellos de su piel se erizaban y continuó caminando hasta que tuvo el umbral de la puerta a un paso de distancia.

Jacob no se había incorporado, no había movido un músculo. Kramer estuvo seguro de que ni siquiera había parpadeado. Jacob seguía sentado sobre las almohadillas del suelo, sonriéndole como un niño inocente que mira a su padre antes de soltar alguna petición extraña; papi, ¿me compras un nuevo tren de juguete? Papi, ¿puedes darme un hermanito? Papi, ¿qué harías si te digo que he matado al vecino y lo he enterrado en nuestro patio?

—A dormir, Jacob —dijo, intentando acallar sus pensamientos.

—Bien —respondió, apenas separando los dientes, con voz cantarina.

Mientras Kramer más lo miraba, menos humano le parecía.

Tomó el borde de la puerta y se inclinó un poco hacia esta antes de remojarse los labios y soltar un suspiro inaudible cuando Jacob se giró para volver al centro de la habitación, gateando de nuevo. Le dio la espalda y le permitió tener un par de segundos de paz antes de volverse a girar para continuar mirándolo. Esta vez apretaba los labios y sus ojos se entrecerraron por la forzada sonrisa.

—¿Cómo va tu tratamiento? —dijo Kramer.

La verdad era que le importaba una mierda.

Hasta cierto punto, como guardia de seguridad consciente de que aquellos a quienes resguardaba no estaban bien de la cabeza, siempre había sentido compasión y un dejo de simpatía por todos quienes habían sido asignados a su ala; no era su culpa padecer de ese tipo de enfermedades. No era su culpa escuchar voces o ver cosas que no existían.

Incluso, a veces se decía, no era su culpa haber cometido actos tan atroces porque creían que era la única solución posible en un mundo que jamás podía llegar a ver lo que habitaba en sus mentes y les acosaba a

diario.

Pero, desafortunadamente, siempre había una excepción y esta parecía ser Jacob. Kramer no terminaba de creer que estuviera loco.

Nada de esquizofrenia, episodios psicóticos o trastornos de la personalidad. Ese chico tenía algo más: algo que la ciencia no podía terminar de explicar, pero aun así habían decidido mandarlo a ese lugar debido a lo similar que era su alteración con los casos reales de alucinaciones y delirios.

No merecía ser puesto en el ala de seguridad de un hospital psiquiátrico, sino en la silla eléctrica.

Poco le interesaba la respuesta a su pregunta, pero era rutina hacerla. Los internos debían saber que le importaban a alguien además de sus doctores pues un trato humanista siempre daba buenos resultados.

—Ha ido bien —dijo Jacob, alzándose de hombros—. Creo que voy mejorando.

Y una mierda.

—Me alegro.

Kramer paseó la mirada por la habitación, como si hubiese algo interesante en esas paredes acojinadas, y se llevó la mano libre a la nuca.

—Oye, Jacob, estaba pensando y, bueno, me di cuenta de que casi nunca sales de este lugar. Digo, de tu habitación. ¿Qué tal si mañana vas a pasear con los otros internos? Sé que el clima no ha estado muy alegre, pero aún puedes...

Jacob le interrumpió con un gruñido.

Dejó caer su cabeza a un lado, borrando su sonrisa y abriendo los ojos como platos. Sus pupilas oscuras parecían negras desde la distancia.

Casi se echó a reír al darse cuenta de que Kramer hacía un esfuerzo abominable para no cerrarle la puerta en la cara.

Volvió a sonreír antes de hablar.

—No sé. No soy bueno haciendo amigos —dijo. Notó que Kramer separaba los labios para poner algún tipo de objeción, y se le adelantó diciendo—:

Prefiero hablar de eso con mi doctora.

—Claro, claro —balbuceó Kramer, posando la mirada sobre sus propios pies—. Como sea... Que pases buena noche, Jacob.

Él asintió a manera de respuesta y esperó hasta escuchar las llaves girando sobre la cerradura para torcer los ojos, frustrado, y tirarse de espaldas sobre el piso, borrando de inmediato su sonrisa. Sintió que su cerebro se movía dentro de su cráneo al este chocar contra el suelo acojinado, volviendo su vista borrosa por algunos segundos.

Capítulo 2

2. Silencio

Esperó a que la sensación pasara para prestar atención.

Percibió pasos alejándose, puertas cerrándose, las mismas preguntas que hizo Kramer siendo repetidas en la distancia; todo amortiguado por las paredes de su habitación.

Si se esforzaba, podía seguir escuchando los mismos sonidos en las alas este y oeste. Incluso, si se esmeraba al máximo, lo escuchaba en el ala norte: zapatos blanquísimos rechinando contra el piso, carritos de medicina deslizándose por los corredores, risitas de las enfermeras novatas charlando acerca de sus lindos novios, el reproductor del conserje tocando las mismas tres canciones de siempre mientras hacía la limpieza en los pisos de arriba, llaves chocando infinitamente contra los muslos de los guardias, golpes en paredes de cemento, murmullos confundidos, y la puerta principal abriéndose y cerrándose al llegar el cambio de turno.

La vida ahí dentro era toda una aventura, desde una perspectiva meramente social.

Imagínate: un lugar especializado en cuidar de personas incapaces de hacerlo por sí mismas, y esas personas ieran cuidadas por otras personas! Jacob sabía que ser letrados y conocedores en cualquiera que fuese el tema que los reunía a todos ahí les daba todo el derecho de querer ayudar, ganándose un buen salario en el proceso, pero seguía pareciéndole un concepto surreal, como de un mundo futuro a pesar de que las instituciones mentales vinieran existiendo desde hacía muchas generaciones.

Le recordaba mucho a clínicas para animales malheridos, de esos que son socorridos por el tiempo necesario para permitirles volver a la naturaleza como si nada hubiera pasado, y seguido se preguntaba si los guardias y doctores lo verían a él como un animal.

Recordó que las primeras noches de su estadía había despertado no del mundo de los sueños sino de su transe etéreo, perdiéndose en los sonidos que venían del mundo exterior.

Se levantaba y pegaba el oído a la puerta, sin darse cuenta que había pasado horas ahí hasta que notaba la temperatura de la habitación hacerse más fría y luego progresivamente caliente, y pasos lejanos se acercaban y alejaban con voces que deseaban los buenos días.

Poco después se prometió no hacerlo más, obligándose a ignorar cualquier sonido que no saliera de su propio cuerpo.

Habiendo practicado en lugares cientos de veces más ruidosos, hacerlo acá ya era pan comido.

Jacob cerró los ojos, relajando el cuerpo y colocándose en una posición más cómoda en donde no debiera esforzarse para nada más que para respirar. Estiró las piernas y los brazos como si fuera a hacer un ángel de nieve, pero se quedó estático apretando todos sus músculos entretanto inhalaba tan profundamente que su estómago se asomó por debajo de su camisa. Exhaló y todo su cuerpo perdió fuerza.

Movió la cabeza, mirando fijamente al techo con los ojos bien abiertos.

Se quedó quieto.

Su respiración se alentó, siendo evidente apenas por la manera en que su pecho subía un par de centímetros y luego se sumía para, finalmente, diez segundos después, volver a levantarse.

Si alguien le viese desde arriba juraría que era un cadáver. ¿Estaba sonriendo? No, pero, por Dios..., sus ojos eran horribles.

Asintió para sí, como si se dijera a sí mismo que estaba bien comenzar ahora, y comenzó a bloquearlo todo diciéndose que sus oídos eran sordos.

Silencio.

Ya, exígete un poco más.

Silencio.

Conforme los ruidos del exterior iban desapareciendo, ahogados por su fuerza de voluntad, los latidos de su propio corazón inundaban sus oídos; creciendo y creciendo, retumbando dentro de su cabeza que ya estaba vacía de pensamientos.

Se concentró en los latidos hasta que se tornaron insoportables, ruidosos como un martillo contra un pedazo de metal, constantes cual disparos de cañones en medio de la guerra, bestiales como el sonido de los tambores de un escuadrón de batalla que soñaba en volverlo loco.

Su corazón latía con tal violencia que parecía amenazarlo con su sinfonía, diciéndole sin palabras que haría que sus oídos reventaran y de estos

saldrían ríos de sangre que jamás dejarían de fluir.

Se obligó a continuar escuchando. Las ganas de abrir los ojos para detener el temor causado por uno mismo no podían significar otra cosa que el inicio exitoso del ritual.

Capítulo 3

3. Adoración

Miedo de las propias ideas, prueba de que era un fiel seguidor.

Siguió escuchando, más fuerte, más fuerte, quedándose cada vez más quieto como si una tonelada de ladrillos lo mantuviera pegado al suelo. Cuando sintió que el aire a su alrededor hacía presión sobre su pecho para intentar ahogarlo, se incorporó, sin abrir los ojos, y se arrodilló en el mismo centro de la habitación.

Entrelazó las manos frente a su rostro. Esperó.

Las palpitaciones se volvieron ensordecedoras justo antes de confundirse con el silencio, y luego este fue llenado por sus plegarias.

Se encajó las uñas en las manos, gritando dentro de su mente aquel monólogo santo que sabía al derecho y al revés. Cada pensamiento era una oración; palabras repetidas una y otra vez sin permitirse pausas, llamando al Dios de la Carne igual que los cristianos harían para alabar a su figurín de yeso bautizado como el Mesías.

La única diferencia era que el Dios de la Carne era real y no necesitaba de cuentos milagrosos para mantenerse con vida ni se alimentaba de frases desesperadas chilladas por analfabetas. No existía en los relatos de Papas egoístas; el Dios de la Carne vivía entre universos, reposaba sobre estrellas, devoraba el vacío, se expandía en la infinidad desconocida.

Jacob habló sin separar los labios.

—Te necesito, pero Tú a mí no. Aun así, quiero que vengas y me tomes, y me hagas parte de lo que eres. Porque Tú eres todos, pero nadie merece ser Tú.

Lo amaba tanto.

—Antes te he llamado, aunque no sugiero que me recuerdes; hice sacrificios en Tu nombre y, por medio de estos, deseo que me reconozcas. Dios de la Carne, ruego que me permitas verte.

Su fe era sofocante. No se daba cuenta de que su respiración se había entrecortado y su nariz se había taponado con fluido nasal, obligándolo a respirar por la boca igual que un perro salvaje.

Los gritos en su mente comenzaron a tomar conciencia propia, como si nacieran por la voluntad de algo mayor que habitaba dentro de su cuerpo

y que sólo despertaba cuando la oración había iniciado.

—Tú que tienes mil vidas, mil muertes y mil renacimientos, escúchame. Tú que tienes mil oídos, mil cuerpos y mil ojos, júzgame digno de tu presencia, júzgame digno de tu poder y sabiduría —rogó—. Déjame verte de nuevo.

La última vez había estado tan cerca.

—Ven, y que este sea el encuentro definitivo.

Ciento setenta y cuatro noches ahí dentro, de las cuales ciento setenta las había pasado rezando a la misma hora, la misma plegaria, al mismo poder vuelto ente. Casi seis meses esperando una respuesta, una señal, algo que le indicara que seguía teniendo oportunidad de volverse uno con el Dios de la Carne.

—Soy devoto a ti, mi Dios, a ningún otro. No porque quiera ganarme tu perdón, no porque quiera saciar mi curiosidad, no porque los Dioses de otras religiones se queden cortos, sino porque sé que Tú eres uno de los Grandes Dioses Verdaderos. Porque me he dado cuenta de que mi vida tiene más significado si la comando bajo tus enseñanzas, y soy feliz creyendo en ti y quiero que Tú lo seas escuchando mi voz.

A la par de sus frases, comenzaron a brotar en su mente imágenes del altar que le había creado a su Dios antes de que lo encerraran.

—Déjame verte —rogó.

Capítulo 4

4. Sagrario

Tres cuerpos.

Una joven, dos hombres.

Casi diecisiete kilogramos de piel clavados en la pared formando un desnivelado rectángulo de tres metros por cinco de largo. Carne que aún goteaba sangre clavada a la pared, trozos de cuero cabelludo vueltos una masa de colores oscuros, párpados y uñas unidas al muro por medio de una engrapadora.

En el centro de todo estaban cinco ojos formando un pequeño círculo, habiendo sido metidos entre la resbaladiza carne a partir de sus nervios como las esferas de un árbol de Navidad, y alrededor de estos se habían clavado los seis labios de los tres sacrificios, cortados de forma salvaje y apresurada.

—Déjame ser parte de ti —dijo Jacob—. No tengo miedo.

En aquel entonces había orado de la misma manera en que lo hacía ahora.

Se había encontrado manchado de sangre y rodeado de las herramientas homicidas, vestido con sus propias ropas, encerrado en el garaje de esa casa de mala muerte en la que había vivido desde que escapó del hogar que compartía con su maldito padre.

En un extremo alejado, sobre un charco espeso y casi sólido de sangre, se encontraban los cuerpos destazados de los sacrificios, amontonados unos sobre otros; tan sólo verlos uno no podía darse cuenta de a quién pertenecía qué parte. Los brazos y piernas salían de sus respectivos torsos cubiertos por franjas de color rosa, rojo y blanco deslavado como las extremidades de una estrella de mar que echaron a una trituradora y de alguna manera logró permanecer en una pieza. Sólo las manos y las plantas de los pies conservaban algunos trozos de piel, relucientes en contraste con la masa roja que eran los cadáveres.

Por encima de estos resonaba el zumbido de cientos de moscas trazando círculos, buscando el mejor lugar para aterrizar.

A seis calles de distancia podían oírse patrullas acercándose, vecinos asegurando sus hogares y echando las persianas a las ventanas,

demasiado temerosos para hacer nada por sí mismos.

Pero Jacob entonces no escuchaba a nadie más que a sí mismo.

Sintió sudor escurriéndole por la frente, mezclándose con las gotitas de sangre que terminaban deslizándose por sus mejillas y entre sus labios. Entonces, como comenzaba a percibirlo ahora, una sensación extraña le empezó a recorrer el cuerpo entero: algo naciendo desde las plantas de sus pies hasta su cuello, como si un enjambre de hormigas brotara de cada uno de sus poros.

—No tengo miedo —había dicho.

Y entonces, tal como ahora, algo crujió dentro de su habitación, muy cerca de él. Era el sonido de huesos partiéndose y carne siendo descuartizada, piel desgarrándose y moviéndose dentro de un ser acostumbrado al dolor.

—Déjame verte.

Crujidos acuosos, cuerpos sin forma arrastrándose, ojos enormes parpadeando y girando en sus cuencas.

La temperatura bajó: allá afuera, la tormenta había comenzado.

—Escúchame, mi Dios, te lo ruego.

Fue entonces que la policía entró irrumpiendo la ceremonia. Jacob abrió los ojos y vio por un instante cómo algo se ocultaba entre los pliegues de la carne en la pared, igual que un gusano gordo escondiéndose entre la tierra para no volver a ser visto. El Dios de la Carne había escuchado, había acudido y estuvo cerca de volverse uno con Jacob, pero se desvaneció al encontrarse con hombres impuros.

Los oficiales lo arrestaron y lo mandaron a juicio. Muchos desearon su muerte, pero la manera en que explicó lo que intentaba hacer terminó por enviarlo a ese hospital psiquiátrico que ahora era su hogar y donde probablemente moriría. Esto último importaba poco; el lugar para llamar al Dios de la Carne era tan poco importante como el suelo donde paría una madre desamparada.

Lo que importaba era captar su atención.

—Déjame verte.

Uno de los internos gritó, pero fue acallado por un relámpago que hizo

temblar las paredes del edificio.

—No tengo miedo.

Era cierto que, sin un altar, sin sus libros de oraciones o siquiera un dibujo del Dios, llamarlo sería más complicado. Pero tantas noches de realizar el mismo ritual debían estarlo acercando a su meta. Podía visualizarlo a la perfección, podía seguir gritando plegarias hasta desfallecer y, ahora mismo, sentía que estaba increíblemente cerca.

La tarde de su primer encuentro con el Dios de la Carne había sido interrumpida por la entrada heroica de la policía, haciéndolo abrir los ojos y tumbarse al suelo, pero ahora su sorpresa fue a causa de un estruendo que hizo a la habitación sacudirse igual que si fuese presa de un terremoto.

Capítulo 5

5. Valentía

Jacob gritó y cayó de espaldas, lanzando los brazos a los costados y abriendo los ojos por instinto; lo primero que vio fue el techo blanco, luego, volvió a prestarle atención a los sonidos de allá afuera.

La tormenta azotaba contra el asfalto y el césped, se oía el viento intentando arrancar los árboles y arbustos de sus raíces, mandando a volar pedazos de basura y hojas muertas que creaban pequeños tornados.

Algunos de los internos se habían echado a gritar, temiendo al sonido de los truenos, creyendo, casi sabiendo, que era el presagio de algo terrible; mientras que los guardias se desperezaban y volvían a la zona para intentar calmar a los más desquiciados. Las enfermeras aparecieron poco después.

Sin embargo, Jacob se percató de que nadie más había sentido el estruendo.

Vio en dirección a la puerta mientras se incorporaba, pero nadie venía hacia su habitación. Afuera, en otras mil alcobas, se estaba formando un caos que debían controlar a toda costa. Los sollozos de aquellos que tenían ataques de pánico eran seguidos por risas burlonas de otros enfermos, al igual que los gritos cuerdos de doctores dando órdenes.

Jacob miró la pared posterior de su habitación y se quedó congelado.

El muro entero se había transformado en una masa irregular de tejido rojizo y rosado. Era igual que ver cientos de pedazos de carne sin piel sobrepuestos unos contra otros, manchados de sangre, pus y un líquido purpúreo como la placenta; el muro palpitaba y se contraía como si cada trozo de carne tuviera su propio corazón.

Había partes de la pared viva que se extendían por todo el techo y a través del suelo como tentáculos aplastados que intentaban cubrir el resto de la habitación, y goteaban sus líquidos hediondos, manchando el blanco acolchado del cuarto de Jacob; el hedor era tal que le hizo lagrimear.

A través de la carne podían verse venas hinchándose, moviéndose entre los pliegues como agujas penetrando el brazo de un adicto.

Volvió a escucharse un crujido acuoso y un puñado de ojos, cada uno de una criatura diferente, se abrió paso entre la carne, lanzando miradas desde todos los ángulos. Los ojos giraban en todas direcciones como

intentando ponerse de acuerdo hacia dónde dirigir la vista en el mismo instante que Jacob se tiraba sobre el piso con los brazos extendidos delante de sí y las rodillas dobladas debajo de su vientre.

Sus lágrimas de asco pronto se mezclaron con lágrimas de alegría.

—Gracias, Dios de la Carne, mi Dios, gracias —alzó las manos y las entrelazó por sobre su cabeza—. Gracias por escuchar mis plegarias una vez más, por permitirme gozar de su presencia nuevamente. Ruego con humildad que me permita ser parte de Usted, parte de Su poder y sabiduría; pero, si me considera indigno, dejaré que Usted y solo Usted decida mi destino, sea este cruel, brutal o profundamente doloroso.

La habitación volvió a temblar y Jacob tuvo que hacer un esfuerzo para conservar el balance. Luego los sonidos acuosos volvieron, igual que un leve chapoteo seguido de inmediato por el ruido de carne reventándose. Gotas de sangre casi negra cayeron sobre el cuello de Jacob, y pus amarillento goteó sobre sus nudillos.

No tuvo que levantar la mirada para saber lo que estaba pasando.

La carne sobre la pared se había reventado y de la misma comenzaron a asomarse dientes en fila, muy blancos, tan grandes y puntiagudos como estacas que uno usaría en la edad media para cazar vampiros.

Se formó una sonrisa gigantesca que atravesaba de lado a lado la pared, y esta se fue abriendo conforme la boca sin labios articulaba palabras en voz chillona, vibrante, de tono tan elevado que hacía doler los oídos.

—LEVÁNTATE —ordenó.

Jacob lo hizo, temblando de emoción, olvidándose por completo de cualquier cosa que no fuera lo que estaba ocurriendo ahí dentro. Miró a la criatura con ojos bien abiertos y la sonrisa más grande que jamás habían formado sus labios.

—Gracias, Dios de la Carne, por permitirme verlo.

—YA ME HABÍA MOSTRADO ANTE TI.

—Sí, mi Dios. Lo agradezco infinitamente, pero entonces no pude ni siquiera hablarle ni explicarle cuánto significa para mí ser parte de Usted.

—HAZLO AHORA, ENTONCES.

Jacob sabía el procedimiento. Asintió y elevó el brazo izquierdo de tal forma que su muñeca quedó delante de sus labios; antes de acobardarse, abrió la boca y se clavó los dientes en el tejido blando, arrancándose

luego el trozo de piel con un movimiento brusco del cuello; movió la cabeza hacia la derecha mientras el brazo lo levantaba bruscamente hacia la izquierda y con ello un chorro caliente de sangre salió despedido, cruzando una diagonal por el aire. Empapó al Dios de la Carne.

El regusto a cobre de inmediato llenó la boca de Jacob, y su lengua aplastó inconscientemente contra el paladar el pedazo de piel que se había arrancado. Dio unos pasos hacia adelante intentando ignorar el mareo, y escupió el trozo de piel entre los dientes enormes del Dios. Luego, alargó el brazo herido hasta las mismas fauces y dejó que la sangre cayera sin detenerse sobre la boca entreabierta que ya se había tragado su piel.

Detrás de esa dentadura monstruosa no podía verse más que oscuridad absoluta que también poseía vida.

Jacob se arrodilló al no poder conservar el balance, sosteniendo el brazo en lo alto, pero se alegró porque a tal distancia pudo escuchar con más atención la manera en que el Dios de la Carne respiraba y se movía; el poder que emanaba de cada fibra como vibraciones que chocaban con su propio cuerpo, la manera en que aquella sangre en forma de pus variocolor salía por entre la carne a modo de burbujas viscosas para terminar escurriéndose y volviendo a perderse entre el revoltijo de tejido, el hedor insoportable que a uno terminaba embriagándolo y haciendo desear por más, el aliento caliente que le golpeaba a él la cara y le aplanaba el cabello con cada exhalación.

Otro relámpago le hizo recordar que afuera el mundo seguía con su curso, y de inmediato captó la manera en que una multitud de pasos recorrían el pasillo alejándose, salvo un par de pies.

—¿Qué haces? —chilló una mujer a lo lejos—. ¿A dónde crees que vas?

—Revisaré a Jacob —dijo Kramer, caminando muy rápido—. No tardo.

Jacob miró hacia la puerta con ojos como platos. ¡Mierda! Otra vez no. No podían arrebatarse esa oportunidad, ¡no de nuevo!

Capítulo 6

6. Enajenado merecedor

Volvió a vista a la pared, vio su sangre que no había dejado de caer en la boca del Dios y sintió que su pecho se hundía; no podía volver a perderlo.

En medio de su apasionado fervor se dio cuenta de que el ahora no podía serle arrebatado.

Cerró los ojos para intentar retener ese instante en su mente para toda la eternidad. Incluso si entonces el Dios de la Carne lo consideraba indigno y le dejaba abandonado en su propia miseria, o si Kramer abría la puerta y obligaba al Dios de la Carne a desvanecerse como la última vez, encontrándolo ahí a solas con la muñeca desgarrada y la boca llena de sangre, o si lo terminaban amarrando a una cama y le arrancaban las uñas y los dientes para que nunca más pudiese herirse, visitándolo sólo para alimentarlo con papillas y tenerlo como sujeto de estudio para esos morbosos estudiantes de Psicología..., incluso así tendría un momento de éxtasis al cual volver cada que lo necesitara.

Este contacto con su Dios no podría arrebatárselo nadie, era demasiado perfecto, y Jacob lo merecía.

Y el Dios de la Carne lo sintió. Todo ese amor y devoción, esa necesidad sobrecogedora de pertenecer a algo más grande que sí mismo, por horrible e increíble que fuese. Lo comprendió. Jacob había nacido bajo sus leyes: el conocimiento absoluto es la maldad. El dolor será por siempre el saber más primitivo.

Jacob era el hombre justo.

Lo fue desde su concepción, habiendo matado a su madre; mientras crecía, siendo maltratado por su padre y desquitándose con las mascotas de sus vecinos sólo para volver a ser azotado cuando el amargado viejo se enteraba.

Era acosado en la escuela tan solo para devolver el favor hacia los más pequeños; se metía en peleas; causaba incendios; siendo tachado de chico problema y amenazado por aquellos a quienes ya tenía hartos y huyendo de casa después de pelear con su padre y romperle la quijada en tres partes con un bate de baseball.

Había vivido sufriendo y haciendo doler a otros, alabando al Dios sin darse cuenta de que lo hacía, hasta que lo conoció.

Debía hacerse.

Estaban destinados a unirse de una manera u otra pues se pertenecían incluso antes de que el universo hubiera existido, y el Dios de la Carne no iba a permitir que la oportunidad de unirse en uno solo se escabullera de su alcance.

Jacob escuchó los pasos al otro lado de la puerta, las llaves entrechocando, y luego sintió cómo la sonrisa del Dios se agrandaba, agrietando las paredes. Abrió los ojos para encontrarse con ambas hileras de dientes chocando una contra el suelo y la otra contra el techo, abriendo un pasadizo oscuro que tenía la misma textura que el muro de carne. Ahora podía verlo claramente: era la garganta del Dios, con el mismo líquido amarillo, rojo y púrpura empapándolo todo.

Bajó los brazos para apoyarse en el suelo y contempló lo que se abría ante sí.

Su cuerpo entero se estremeció y todos sus músculos se contrajeron, petrificándolo donde estaba.

El silencio fue roto por la voz del Dios que nadie más que Jacob pudo escuchar.

—ERES DIGNO.

—¿Jacob? —dijo Kramer contra la puerta, mientras la llave se deslizaba por la cerradura—, hola de nuevo. ¿Estás bien?

Jacob se desperezó al instante. Miró hacia la puerta, que apenas se iba abriendo, y se puso de pie tan sólo para tirarse de frente por encima de los colmillos inferiores del Dios; miró por encima de su hombro al caer y apenas pudo ver cómo la puerta blanca se abría de golpe. Kramer cayó inerte al suelo sin hacer ni un intento para detener su caída, cual si hubiera tenido un ataque cardíaco fulminante en el acto.

De inmediato una pared de carne como la anterior se materializó detrás de Jacob, impidiéndole ver nada más.

Tirado sobre el piso volvió la vista hacia enfrente tan solo para ver el túnel perdiéndose en la lejanía.

Sintió las palpitations del Dios bajo su propio cuerpo, llenándolo de aquella pus sanguinolenta. No tardó en darse cuenta de que a lo lejos había figuras rondando en la oscuridad, como muertos vivientes buscando una salida, pero no creyó ni por un instante que fueran seres humanos,

así que les ignoró de lleno.

El ambiente estaba impregnado de ruidos viscosos, crujidos y vibraciones viniendo de todos lados al mismo tiempo, incrementando y menguando a tiempos, igual que un ronroneo.

Su mano izquierda se hundió entre los pliegues del suelo de aquella cueva, a la altura de la muñeca, justo ahí donde terminaba la herida que él mismo se había hecho. Jacob miró hacia abajo y vio algunos tentáculos, del grosor de hilos y fideos, envolviendo su extremidad lentamente.

Uno de los apéndices se introdujo en la piel expuesta de su lesión y pareció adherirse a sus venas.

—iAgh!

—AHORA, TU DESEO PUEDE CUMPLIRSE.

Capítulo 7

7. Destino

Un grito ensordecedor nació de todos lados a la vez, como el grito de una mujer; Jacob sintió que algo le golpeaba el pecho y sus oídos punzaron de tal forma que parecían a punto de reventar con las vibraciones del aire. Las figuras que se encontraban a lo lejos cayeron al piso cubriéndose los oídos, retorciéndose, golpeándose a sí mismos y rasguñando las paredes vivas.

Jacob se llevó la mano libre a la cabeza intentando cubrirse del estruendo tal como los demás, pero, en cuanto lo hizo, sus tímpanos estallaron.

Cuando gritó pidiendo a que se detuviera, a que lo que sea que estuviese gritando se callara, no oyó nada salvo un pitido taladrándole los pensamientos.

Se toqueteó la oreja derecha y sus dedos se toparon con un hilillo de sangre. De inmediato sintió que lo mismo ocurría con la izquierda: la sangre se deslizaba lentamente hasta su cuello.

A su alrededor comenzaron a brotar ojos de todos colores: iris marrones viéndole desde el techo, círculos blancos inyectados en sangre observándolo a derecha e izquierda, esferas azules y verdes brotando a centímetros de sus dedos y pies, burlándose mientras sus pupilas felinas se dilataban. Todos mirándole directamente. Jacob intentó mirarlos a todos a la vez, recreando en su mente el sonido que había precedido a la aparición de los mismos en el ya muy lejano sanatorio.

—¿Qué pasa? —chilló, sin poder fiarse en nada en concreto, demasiado mareado y adolorido para poder seguir pensando con claridad.

Ahora todo era voluntad de su Dios.

Pegó un brinco al darse cuenta de que aún podía escuchar al Dios de la Carne, que respondía con pausas entre cada oración como un padre dando lecciones importantes a su hijo.

—AHORA SERÁS PARTE DE MÍ PARA TODA LA ETERNIDAD, TAL COMO QUERÍAS, TAL COMO DEBE SER.

Jacob no pudo responder nada. De pronto sintió la garganta seca, como si una mano fantasmagórica le sofocara desde dentro.

Su antebrazo fue tragado por completo por el suelo de la cueva y un torrente de algo similar a agua hirviendo le fue inyectado en la herida;

Jacob sintió que una bola de fuego escalaba por sus venas, llegando hasta su corazón para convertirlo en una caldera que pronto explotaría, enviando llamaradas hacia cada extremo de su cuerpo. Gritó adolorido e intentó sacar el brazo del agujero que le consumía igual que arenas movedizas. Vio que los tentáculos del suelo se habían hecho más grandes y ahora lo envolvían hasta casi tragarse su hombro.

Arañó las extremidades sin lograr nada pues estas se adherían a su piel como si poseyeran ventosas, inyectándole más y más raros venenos, unos helados, otros que escocían, otros que le hacían creer que su piel se caería a pedazos y se pudriría tan pronto esta se desprendiera del hueso, haciéndolo polvo a este también en el proceso.

Lagrimeó un llanto más pegajoso de lo normal y sus pestañas se desprendieron de lugar. Dejó de intentar herir a los tentáculos y se llevó una mano al cráneo, donde su pelo se caía, dejando zonas calvas aquí y allá que pronto cubrieron su cabeza entera.

Se toqueteó la cara, lanzando gemidos confusos, y por accidente se arrancó la mitad de una ceja ya decadente.

—¿Qué pasa? ¿Qué fue lo que hice? —chilló, pero otro alarido interrumpió sus propias súplicas—: ¡Ahhhhh!

Sintió que la piel de sus piernas se le chamuscaba desde dentro, carbonizando huesos, venas, arterias y músculos, pero cuando volvió la mirada hacia sus pies descalzos se dio cuenta de que no se estaba quemando como había pensado: eso que sentía crecer y expandirse no era lava en sus venas, sino órganos y trozos de tejido vivo reventándole la propia carne desde el interior. Sus piernas ahora doblaban su tamaño original, con pellejos ajenos colgando de su piel, desgarrando sus pantalones blancos que antes habían sido pulcros; sintió sus huesos romperse, gritó en agonía, pero la transformación no paraba. Su piel se hinchaba en zonas y en otros sitios se desgarraba, revelando bultos como tumores u órganos que no terminaban de tener una forma definida.

Varios tentáculos como los que navegaban por las venas de sus muñecas salieron por entre los pedazos de carne sangrienta de sus piernas, uniéndose por voluntad propia al piso de carne de la cueva; era como si estuviese cobijado por el mismo túnel hasta la cintura, palpitando y murmurando al mismo tiempo que éste lo hacía.

Jacob no había parado de llorar. Sentía la garganta destrozada de tanto gritar, creyendo que estaba a punto de desfallecer.

Escuchó un gruñido curioso.

—TODOS SIEMPRE TERMINAN LLORANDO —dijo el Dios—. PUEDES CONTINUAR, PORQUE TU SUEÑO SE HA CUMPLIDO, COMPAÑERO. SOMOS UNO.

—¡Duele! —rugió Jacob, retorciéndose y arqueando la espalda en un intento por, quizás, desprenderse de su propio cuerpo.

Sentía que se estaba ahogando, presa de una cascada violenta que lo retenía contra piedras puntiagudas que le habían atravesado todo el cuerpo; falto de aire, inválido, atragantándose con su propio vómito, tragándose su fluido nasal, forzándose a no orinarse encima.

—TÚ YA LO SABÍAS. EL DOLOR...

—...será siempre el saber más primitivo —completó Jacob, inconscientemente.

—Y ASÍ HEMOS DE VIVIR PARA TODA LA ETERNIDAD.

—¡No, esto está mal! ¡Es un error! —negó con tanta fuerza que su brazo izquierdo salió varios centímetros del agujero que lo aprisionaba, pero volvió a ser tragado al instante—. Este no es mi destino, ¡estás equivocado!

—QUERÍAS VIVIR ETERNAMENTE PROVOCANDO DOLOR, NO SINTIÉNDOLO —adivinó el Dios—. PERO ESO NO PUEDE SER. ESTÁS DESTINADO A ESTO, Y EL DESTINO NO LO PUEDES CAMBIAR.

—Pero, pero si yo... ¡Dios! Mi Dios, ¡por favor!

—DIJISTE QUE ACEPTABAS TU DESTINO, FUESE CRUEL, BRUTAL O PROFUNDAMENTE DOLOROSO —le recordó—. TÚ ME BUSCASTE A MÍ, JACOB, ROGASTE Y YO TE ESCUCHÉ. ESTOY DÁNDOTE LO QUE MERECE, NO PORQUE QUIERA OÍRTE GRITAR Y PEDIR PIEDAD, SINO PORQUE ES LO QUE ESTUVO PLANEADO PARA TI DESDE ANTES QUE LAS ESTRELLAS NACIERAN Y LAS GALAXIAS SE FORMARAN.

Jacob negó con la cabeza, falto de palabras.

No era posible.

Capítulo 8

8. Lo único que nos queda

No era posible.

¿Había malinterpretado al Dios, errado al entender sus enseñanzas, visto el lado incorrecto de sus leyes?

No, no podía ser. Había pasado demasiado tiempo estudiándolo, alabándolo, creyendo en sus reglas para con el universo. El Dios de la Carne era un ser visceral que daba dolor para recibir con la misma moneda y reclamaba las almas de aquellos que herían a su mundo para que continuaran haciéndolo eternamente, y hacía lo mismo con aquellos que sólo habían conocido la aflicción en sus vidas.

Pero se presentaba ante quienes lo llamaban en vida si estos creían tener lo adecuado para ser parte de él, como lo había hecho Jacob.

Él siempre creyó que había sido de la primera clase: un cretino sin remedio, un tipo malo que era malo por el gusto de serlo. Sin embargo, mientras la idea se materializaba en su mente, lista para justificarse con mil experiencias y cicatrices para probarlo, sintió que su Dios le hablaba invadiendo sus ideas. Le mostró su vida como en verdad era, le dio a entender que toda la mierda que hacía a otros era para vengarse de lo miserable que él mismo era. La furia que Jacob proyectaba al mundo no era más que una máscara para esconder su tristeza, su soledad, su infinito dolor.

Sí que se pertenecían, sólo no de la forma en que Jacob había creído por tantos años.

La vista del chico se quedó fija en un punto en el vacío mientras el Dios reproducía el dolor entero de su existencia como una cinematográfica que sólo ellos podían ver. Su pecho se infló de emociones lejanas y, de pronto, dejó de sentir el dolor físico del ahora.

Una lágrima penosamente solitaria le bajó por la mejilla.

Lo entendía y lo aceptaba. Por lo menos ahora tenía al Dios de la Carne a su lado para siempre, esa parte del Dios que lloraba y gritaba con la misma intensidad que él, porque ya eran uno.

—Siempre lo hemos sido —susurró Jacob, con los ojos acuosos—. Siempre nos hemos pertenecido, ¿verdad, mi Dios?

—ASÍ ES. YA LO ENTIENDES.

No se dio cuenta cuando otro tentáculo de carne se apoderó lentamente de su brazo derecho, devorándolo y metiéndose en sus venas, abarcando luego parte de su torso. Pronto, el piso del túnel sólo dejaba entrever el rostro sonrojado de Jacob, que miraba hacia arriba como perdido en un sueño que le arrancaba tanto lágrimas de alegría como de terror puro.

Y llorar estaba bien.

—CLARO QUE SÍ. AHORA, ES LO ÚNICO QUE NOS QUEDA.

Sobre su cabeza la piel de la cueva reventó, salpicándolo con gotitas de sangre y plasma transparente, y entonces un ojo que abarcaba todo el diámetro de techo que había encima de Jacob surgió silenciosamente.

Bajo él, su cuerpo seguía expandiéndose y Jacob podía sentir cada centímetro de carne que surgía de sí, cada pedazo de piel reventándose, cada hueso rompiéndose, cada nuevo órgano palpitando veneno y ácido; y sentía cada trozo doler conforme estos se formaban. Imaginándose en medio de su agonía que su cuerpo era una semilla tierna de la que ahora brotaban raíces envueltas en llamas, extendiéndose hasta el infinito mientras su Dios también lo hacía, volvía su miseria un dulce calvario.

El ojo le miraba con siete pupilas, examinando la estúpida sonrisilla que se le había formado a Jacob en los labios. Pasaron unos segundos y luego cada mirada comenzó a temblar, dilatando la pupila hasta que los iris de esos siete colores diferentes parecieron desaparecer. Cada uno comenzó a reflejar horrores que Jacob ya conocía, horrores que sabía de memoria y algunos nuevos que jamás habría imaginado; seres peores que el ficticio Satanás, peores que la misma crueldad humana y más desgarradores que los mil infiernos que el ingenio religioso pudiese ofrecer.

Jacob no pudo parpadear, se quedó rígido, su sonrisa vuelta una mueca por la que se escurrían grotescos hilos de saliva teñida de sangre.

Una sensación de impotencia comenzó a nacer desde la parte más lejana de su nuevo cuerpo y fue avanzando hacia arriba para inundarle las yemas de los dedos, las muñecas, los tobillos, los antebrazos, las pantorrillas, los codos, las rodillas, el pecho, la entrepierna, hasta alcanzarle el cerebro y devolverlo a la realidad, haciéndolo gritar.

Condenado al dolor para siempre.

No porque fuera malo, sino porque lo merecía; con ambas formas del Dios de la Carne con él: una al frente, provocándole aquel sufrimiento, y la otra

al fondo de su cabeza, compartiendo su llanto.

Antes de que se perdiera por completo en el sufrimiento de mil eternidades, pensó que, por lo menos, ahora no estaba solo.

En el hospital psiquiátrico nunca pudo explicarse lo que pasó en la habitación del interno 70689.